

Uno de ellos

por **Elvira Lindo**

Metió los pies en las zapatillas y sintió un calor tan reconocible, tan unido a todas las tardes de regreso a casa de su vida, que por unos momentos no hubiera sabido decir qué edad tenía, ni de dónde había vuelto. Se tumbó en la cama. La mejilla se hundió en la almohada, disfrutando del tacto suave de la colcha y de un olor muy dulce, que estaba vinculado íntimamente a ella, ese olor que se va haciendo con el paso de los días, la indolencia y el cansancio; así que la ligera molestia en la espalda y el agotamiento, se tradujeron en un dolor del que no se podían separar ni la felicidad ni la melancolía. Cerró los ojos, imaginó que flotaba en su cama como en una nube. Hacía algún tiempo que ya no quería contar nada en casa, no quería que esas pequeñas historias que cada día atrapaba en el colegio, que pasaban a diario ante sus ojos, se quedaran en una anécdota a la hora de la cena, porque para ella contarlas así, de paso, como se cuentan las cosas a la gente, mientras se mira la *tele* o se come, era un especie de traición imperdonable a los niños. Sus niños, de alguna forma eran suyos, habían entrado violentamente en su vida, desde aquel primer día en que desembarcó en el barrio, en Orcasitas, con su carpeta y algunas ideas equivocadas.

Ahora lo recordaba exactamente como un desembarco, aunque ella viviera a tan sólo media hora de allí, aunque hubiera llegado conduciendo su propio coche, aquello era como aceptar que uno viene de muy lejos y que no puede marcharse tan fácilmente. «¿Sabes lo que es un niño?», le había preguntado Teresa, la

directora, y no supo si iba en broma o en serio, no supo cómo encajar una pregunta tan sencilla. Teresa le echó la mano por encima del hombro intentando sacarla del aturdimiento y la condujo a su clase, como se lleva a los niños nuevos ante sus compañeros. Muchas veces sentiría la fortaleza de aquel brazo, muchas veces en que se acercaba, sin atreverse a pedirle un consejo directamente, dando rodeos, para no mostrar su debilidad de novata ante el mundo del que nunca formaría parte verdaderamente, en el que cualquier chaval de nueve años sabía mucho más que ella, y había vivido mucho más que ella.

¿Sabía lo que era un niño? Creía que sí hasta que se enfrentó ante aquella nube de ojos y se sintió absolutamente vigilada y desarmada. «Aunque hoy te parezca mentira, dentro de poco», le dijo Teresa, «cada uno habrá entrado de una forma distinta en tú corazón, primero te abrumará el grupo, no te asustes, un día los reconocerás a todos en cada gesto, como se van reconociendo poco a poco las palabras en un idioma que estás aprendiendo». Eso era algo que al principio parecía tan lejano, por que los días iban pasando sin que ella sintiera un principio de afecto verdadero por alguno de ellos. Percibía el miedo en los débiles, la arrogancia de los que buscaban un enfrentamiento continuo con el mundo, o la firme decisión de algunos de no querer enterarse de nada. Solo tenían nueve años, sólo nueve, pero miraban mucho más duramente que los niños con los que se cruzaba por su barrio, hasta el punto de resultarle a veces difícil encontrar la necesaria inocencia en sus mira-

das. ¿Y qué hace un maestro si no se dirige a un público inocente? Incluso se sentía un poco intimidada a la hora de acariciarles la cabeza o de jugar con algún diminutivo para acortar distancias.

Tal vez el cambio se produjo el día en que vio de lejos, en el patio, a uno de los suyos peleándose brutalmente con un chico mayor. Les habían hecho corro, y cada clase animaba al compañero, aunque nadie hacía ningún intento por parar aquello. Echó a correr, entró bruscamente dentro del corro, apartando a los chavales que no estaban dispuestos a perderse el espectáculo y agarró al mayor por detrás. Tiró con tanta fuerza que casi cayeron los dos de espaldas. Se oyeron risas. Jadeante, confusa, levantó al muchacho que echaba mocos y sudaba y lo tomó de la chaqueta para llevarlo a la directora.

— ¡No, no, no! —el más pequeño le tiró del brazo, estaba llorando—. No lo lleve a dirección, señorita.

Se lo estaba suplicando, sin soltarle el brazo, sin dejar de llorar.

— Por favor...Es mi hermano.

Y ella soltó al grande, sintiendo que en la súplica estaba la primera mano que se le tendía en aquel país hostil, al que ella llegaba todas las mañanas, con la misma desolación de niño que tiene miedo a no ser nunca aceptado.

Lo llevó al baño, le lavó la cara, le hizo beber agua. El crío contó entrecortadamente que la pelea había surgido porque el hermano mayor iba diciendo por ahí que su padre había muerto por sobredosis.

— ¿Y no fue así?

El niño movió a un lado y a otro la ca-



beza y esperó a que pasara un nuevo sofoco que le sacudió el pecho y la barbilla.

— Se murió porque le vendieron droga adulterada.

— ¿Y cuánto hace que se ha muerto?

— Mañana hará un mes.

Ella le tomó suavemente de la mano, se sentó encima del váter y subió al chico a sus rodillas. Allí estuvieron un buen rato, en aquel lugar tan incongruente como era el váter del colegio, tan estrecho y tan poco consolador. Le besó los ojos

húmedos, imitando la manera en que su madre tantas veces lo había hecho con ella, como si el gesto de comerse las lágrimas tuviera el efecto mágico de hacer desaparecer la tristeza.

Así reconoció al primer niño. Me-

ciéndole como si fuera mucho más pequeño sintió un arrebatado secreto de agradecimiento, la sensación de que por fin le abrían una puerta.

— Aníbal, vamos para clase.

Y Aníbal fue un primer motivo para volver al día siguiente a la escuela.

Después vinieron otros muchos. Tenía razón Teresa, la lista a máquina en la que estaban escritos los nombres de los chicos se llenó de significados. Cada nombre era una historia, cada nombre unos ojos, una voz y un futuro incierto. Todos con un presente tan parecido, con un destino tan injustamente escrito, y sin embargo, todos tan distintos. Naum, Lluvia, Melody, Jonatan, Kevin, Jonás..., sus nombres, al principio absurdos, ahora tan perfectamente familiares. Habían entrado violentamente en su vida, sí, porque no sabían entrar de otra manera. El cariño era a veces un empujón o una mirada, no habían sido educados para una caricia sutil, no tenían confianza en los hombres.

Ya no contaba nada en casa. Al principio sentía la necesidad de explicar cómo era su nuevo mundo, pero ahora, cuando los lazos se habían estrechado, tenía la impresión de no ser del todo entendida.

Esa misma mañana, había montado a los chicos en el autocar para enseñarles el Museo de Ciencias Naturales y el Planetario. Sentía una especie de orgullo por haberles conseguido una pequeña excursión, y así, viéndolos a todos sentados y nerviosos, con su bocadillo en la mano, sentía que les regalaba unos momentos de normalidad, de huida de su propia vida. No duró mucho la fantasía, porque fue mucho más difícil mantenerlos sentados de lo que ella pensaba. El autocar parecía una coctelera frenética en la que se agolpaban unos contra otros sin que su voz, tan suave, lograra mantener el control. Tuvo que soportar la vergüenza de que fuera el propio conductor el que se levantara, agarrara a dos o tres por la solapas y pusiera algo de orden. Qué se podía hacer con niños que sólo están acostumbrados a las malas palabras y, en muchos casos, a los golpes.

Entre todo aquel despropósito, el autocar seguía avanzando por Madrid. Naum, un niño algo raquítico que era víctima

normalmente de las burlas de los otros, se levantó varias veces de su asiento y fue dando trompicones hasta ella.

— Señorita, esa iglesia es San Francisco el Grande.

— Siéntate, por favor, estáis poniendo nervioso al conductor.

Y a ella. Le daba la impresión de que aquel hombre estaba disfrutando al verla incapaz de hacerse con el mando.

— Cuando quiera, señorita, me levanto otra vez y pego dos gritos, no tiene más que decírmelo.

Le sobresaltó de nuevo la mano de Naum.

— Esta es San Lorenzo.

— ¡Que te sientes!

Fue abrir la puerta del autocar y tener la sensación de que los perdía a todos, de que salían cada uno en una dirección opuesta. Sin embargo, luego, sin saber cómo los fue recuperando, les hizo comer, les vigiló para que no tocaran nada, les amenazó, intentó reírles alguna gracia, los contó al subir al coche. Y luego los vio tumbados, en la oscuridad, contemplando la gran pantalla del universo. Relajados por una emoción que nunca habían sentido, la que sólo puede proporcionarnos una música que nos levanta del suelo, que nos hace perder la gravedad. Ella también estaba emocionada, sólo por este rato había merecido la pena. Por verles los ojos en la oscuridad conmovidos por las estrellas, un universo que no distingue entre ricos y pobres, que alumbra todas las noches las desgracias más ignoradas.

No habría redacciones sobre la excursión al día siguiente. Eso era demasiado sofisticado. Mejor sería dejarles hablar. Ella tenía que enterarse de qué era lo que de verdad ellos habían visto. Los ayudó a bajar del autobús en la puerta del colegio, algunos le dijeron adiós, otros ni se acordaron. La mayoría pasaría mucho rato todavía deambulando por las calles hasta volver a casa. Alguno perdería la mochila...Lo de todas las tardes.

Puso en marcha el coche. Por pereza hacía meses que llevaba la misma cinta de casete. Un coro de niños brasileños acompañaban a Vinicius de Moraes en una canción delicada, llena de poesía, sobre la miseria de una *fabela*. Las voces infantiles le ayudaron a mirar con

más ternura que nunca ese paisaje por el que desfilaban diariamente los alumnos. Distinguió de pronto, entre muchas otras, a una figurilla enclenque que parecía no tener fuerzas para transportar la mochila. Las dos piernecitas surgían del bulto que le llegaba casi a tapar la cabeza, como una hormiga que transportara pacientemente una miga de pan desproporcionada.

— ¡Naum!

El chico se acercó.

— ¿Para qué llevas hoy todos los libros?

— Para que nadie me los quite. Me los dieron en la parroquia y me dijo el cura que no podía perder ninguno o no me los volverían a comprar.

— Sube, que te llevo a casa.

Naum se sentó serio y obediente a su lado. Parecía que su físico enfermizo le había obligado a hacer siempre lo que los demás le dijeran, pero había como una secreta dignidad en aquel cuerpecillo tan débil. Ella se acordó entonces de que varias veces le había susurrado al oído el nombre de las iglesias por las que habían pasado. Era chocante porque las iglesias no eran muy populares en Madrid, ella misma no sabía el nombre de casi ninguna.

— Sabes muchas cosas sobre Madrid, Naum...

— No muchas, sólo iglesias —señaló un bloque de pisos—. Ahí es donde yo vivo.

Le ayudó a colgarse la mochila otra vez.

— Te vas a hacer daño en la espalda.

— No, soy mucho más fuerte de lo que todo el mundo se cree.

— Seguro...¿Y por qué conoces tan bien las iglesias?

— Mi madre me dejaba dentro cuando era pequeño, mientras ella daba un paseo con los hombres.

Cuando lo vio alejarse lento pero resuelto hasta el portal, estuvo segura de que era mucho más fuerte de lo que todo el mundo pensaba. Le pareció tan frágil y tan poderoso como un ángel.

Ahora, en su cama, el día pasaba delante de ella como si fuera un día vivido por otra. Si en estos momentos le preguntara Teresa, otra vez, qué es un niño, ella respondería: «Yo soy uno ellos, ahora yo soy uno de ellos».